«LIBRE 206»

(CUENTO)

A José Hierro.

LE cogieron. Le acusaron de esto y de lo otro. Ni siquiera quizá le acusaron. El juicio sería más tarde. La cárcel, ahora. Era un preso político. Algo peor: un preso político anónimo. Un muchacho. En el extranjero nadie conocía a este Hernández. En su patria, su familia obrera y veinte o cuarenta compañeros, vestidos con los jirones de un uniforme vencido.

Hernández conoció, en los primeros meses, los corrales de hombres, los gritos, la tierra en los ojos, el hambre, los patios húmedos, la soledad, el frío, el abandono, las descargas al amanecer, clamores de insultos, insultos callados, la sucia, escasa rueda de platos cuarteleros, celdas de castigo, fusiles, gorras de plato, olor a cuero, noches sólo estrelladas en el suelo con blasfemias, rezos, llantos, ayes; sangre, culatazos, himnos obligatorios de gloria en la miseria, centinelas, garitas, alambradas, locura, miedo. Conoció el dolor creador, sin freno, que el hombre reserva al hombre.

Cuando despertó—le dolía atrozmente la cabeza—cayó en la cuenta de que era un preso y tenía un número: el 206. Verano, otoño e invierno habían pasado y una primavera se abría en el mundo detrás de la pared, tras la ventana alta, prohibida siempre. El olor de las hojas, del aire, se adentraba en la cárcel cuando podía. Empezó a mirar en torno suyo.

Había hechos dolorosos que ya no veía ni sentía, ruidos dolorosos que no le dejaba oír la costumbre. Empezó a interesarse por su estado. Hizo un somero recuento de sus mimebros, de sus huesos; aún tenía sexo, pies, manos, recuerdos, que, lentamente, se iban aclarando. Empezó a darse cuenta de que aún veía, de que era verdad lo que veía: la galería, el patio, la pared, los otros. Cayó en la cuenta de que era un hombre hecho, pero no por lo que antes pensaba que lo era. No podía amar. El que está de paso no ama. Esperaba siempre. Nada era suyo. Si algo de lo que sentía podía parecerse al amor, era para la manta, fea, gastada, como una piel ruda de animal viejo. Y para aquella especie de gitano grandón, cabal, que siempre veía, lejano, resignado, entero, al otro lado, en el pabellón de enfrente. Por los que estaban a su lado, no. Si algo le movía a hablar era ensayar el silencio, lograr, con palabras, no decir nada.

Comenzó a interesarse por su estado, sí, pero siguió rebelde, fríamente rebelde, toreando incesante al poderoso toro con lógica, miedo y burla. Aprendió a escurrirse, a callarse. Vió a los hombres hacerse traición, llorar, degenerarse, robar al compañero desnudo, adular, fingir, aburguesarse en la cárcel, como mujeres en un prostíbulo. No eran ya hom-

bres; sólo eran presos. No tenían público, ambiente, para ser hombres. Lo habían sido. Lo serían, quizá, algún día.

¡Si él pudiera escapar! Recordó a Julio, el ciego, aquel chaval larguirucho, quemado por una granada. "Si un día volviera a ver—decía—saldría corriendo por una calle, sin parar, hasta ahogarme; correría como un loco por veinte, treinta calles, sin detenerme". Eso es lo primero que Julio iba a hacer. Era un muchacho. Atado por las sombras, que le obligaban a un paso lento, cauteloso, de viejo. Estaba condenado a ver primaria, pesadamente, con el tacto. El también, como Julio el ciego, saldría corriendo por veinte, treinta calles, hasta que los poros le segregaran libertad angustiosa, hasta que el corazón temiera al insaciable potro de la libertad, hasta que las piernas estuvieran sudorosas, duras, enardecidas, como las patas de un caballo. Y después de esta carrera, ¿qué? A ganarse el pan, a darse de golpes con la escasez, la falta de trabajo, de dinero, pero siempre—pensó—habría sol, aire, invierno y otoño de verdad—en vez de humedad y frío—, primavera y verano de verdad—en vez de sudor, deseos, tristeza bajo la luz—. ¡Ver un espino florecido, oler el clavel, la rosa, sorprender el beso de unos novios, poder acariciar una mejilla suave, oír una canción, chapuzarse a fondo en el agua, ver jugar a unos niños!

En el buen tiempo, aunque los días fueran más largos, se movía mejor y le habitaba el cuerpo una esperanza inexplicable; una esperanza íntima, quieta, sin voz, ojos, brazos, piernas; sin objeto. Se le ponía dentro y se quedaba allí acompañándole todo el día. Y él la dejaba, porque la notaba tan infeliz, presa y sola como él. Pero no la escuchaba. Pensaba en su pasado, en su futuro, si llegaba algún día, hasta que se dió cuenta de que le habían encerrado por temor a su sangre, al poder de su sangre, porque temían su presente, por estar vivo.

¡El vivo, encogido, borrado, tanto tiempo! En la cárcel, a veces, había sentido, había tenido, sin saber por qué, instantes de libertad. No por los demás, no porque se alterase lo que le rodeaba; porque sí, dentro de sí mismo. Y luego lo recordaba extrañado: ¿no era yo libre en aquel momento? Y, sin embargo, aquel instante era un minuto de su condena.

Pensó en la libertad. ¿Qué es la libertad? Días y días insistió. La libertad estaba en la cárcel de mujeres. Era una presa, como su esperanza. ¿Podía echar a volar el hombre por sí mismo, zafarse de la enfermedad, vivir ciento cincuenta años, negarse a lo desagradable, apoderarse de lo agradable, andar desnudo por las calles, ni siquiera vestirse distinto a los demás? ¿Era libre el hombre cuando pecaba, cuando hacía el bien? El preso está libre de la mujer, de los hijos, del dinero, del patrono, de pensar, si quiere; de todos los prejuicios de la educación, de compromisos, de las corbatas, del agradecimiento. El que no está preso, sólo está libre de la cárcel. La tierra, los otros, les habían apartado a un oscuro hormiguero. Pero, ¿no son ejemplares, libres las hormigas pisadas con total indiferencia, derruídas con un ligero soplo, ahogadas en implacables diluvios? ¿Quién podía evitar el sentimiento de libertad en un preso, que en un hormiguero oscuro alguien fuera libre? El mundo, todo el mundo, era

lo que veía: cuatro paredes, un patio, un pedazo de cielo siempre distinto, gente alrededor, hostil o indiferente, y días y noches. La vida iba por dentro y la libertad también. La cuestión era abrir la puerta.

Se irguió una y otra vez. Tenía empeñado el orgullo en su libertad. Daba los pasos largos, miraba lejos, hacía ademanes abrazadores, audaces, sueltos. Soltó poco a poco su risa. Le costaba salir y, muchas veces, era una risa larga, embustera, desesperada, rumorosa de apretados dientes. Sus bromas a los demás no eran soterradas, irónicas; sino movidas, rudas, con una inmensa pista para realizarlas, libres. Sus ojos no veían las paredes; miraban lejos y reían, a veces, con un paisaje que no veía nadie. Era como ese pájaro de jaula que nunca se bufa y permanece dueño, agudo, fino, como si el aire que no peina le adelgazara en un vertiginoso, gozoso, cielo alto. ¡Qué preso tan libre! ¡Cómo sacaba su libertad hasta los pelos, hasta las uñas! Se fugó así: siendo libre en la cárcel. ¿No era a eso a lo que en religión llamaban libre albedrío?

Cuando salió, con su alegría a cuestas, ganada al dolor gota a gota, con su libertad como un músculo bien formado, ejercida cerca de seis años, nueve años y un día sobre el papel, miró al mundo serenamente sin alterar la retina de sus ojos, sin graduarla por la distancia o la luz. Vió pasar a los libres y no pudo menos de sonreír. Tenían aire de presos. Ademanes cortos, aire cansino, voces gastadas, mirada vaga, triste, risa enferma. El exhalaba la libertad, era un yogui de la libertad y le miraban todos con simpatía, con interés. ¡Claro!—pensó un instante—ellos no han tenido ocasión de ser libres como yo. Están encarcelados sin darse cuenta. Y anduvo con sus largos pasos, y se rió con su intensa, honda risa, y miró por encima de las casas, del mundo, y parecía que venía siempre de rendir a un sabio, a una mujer, a un caballo.



MEDARDO FRAILE